

LA LOCURA DEL “SERENISIMO” PRINCIPE DON CARLOS

Eloy Cortínez Torres

Durante el reinado de Felipe II, España fue la nación más poderosa de la tierra. Además de Portugal que se anexó en 1581, sus dominios se extendían por el Rosellón, Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Países Bajos y Franco Condado en Europa. En Africa dominaba las islas Canarias, Túnez, Bujía, Orán, los inmensos países descubiertos en América y las Filipinas en Asia, así como los extensos territorios de la corona portuguesa en Brasil, Africa e Indias.

Como señor de tan extensos dominios, Felipe II personificó los principios de autoridad y de absolutismo monárquico y católico, de ciega obediencia al Papa frente a las tendencias de la Reforma que dividieron a la iglesia católica, división que se mantiene vigente y sirve de argumento para más de alguna pugna fratricida en nuestros días. Mientras los protestantes le aplicaban al rey español el calificativo de “el demonio del Mediodía”, el Papa Pío V le llamaba “brazo derecho de la cristiandad”. En efecto, el monarca aspiró a mantener por todos los medios la fe católica en su corte y dominios. Se cuenta que acostumbraba a decir: “Antes perderé mis reinos que ser señor de herejes...”

A diferencia de Carlos V, su padre, que permaneció mucho tiempo fuera de España, la verdadera obra de Felipe II, en cambio, la realizó en la Península. Inició su reinado en 1556 y desde 1559 no vuelve más a salir de España. Al decir de la época, vivió sólo para su patria y para su pueblo. Por ello, la España de la segunda mitad del siglo XVI está determinada por el signo de Felipe II. En

la larga serie de soberanos españoles, él ha sido precisamente quien de más viva manera ha influido, encarnado y representado el carácter del espíritu contemporáneo de su pueblo y su posición en el círculo de la Europa Occidental. Conservador del Imperio y sus tradiciones y profundamente católico Felipe II se propuso llevar la bandera de la fe más allá de las fronteras donde la religión estaba siendo desgarrada por nuevas creencias. Es así como llega a ser un gobernante autocrático, dictatorial y mesiánico. El junto con la iglesia serán los encargados de darle veracidad y contenido histórico a los múltiples libros espirituales de caballería y leyendas hagiográficas españolas que circulan en aquel tiempo. Son las historias heroicas de caballeros en Cristo, que luchaban contra el mundo y el demonio, sufrían martirios, realizaban milagros y se sumergían en un mundo de visiones, para lograr al fin, con heroico holocausto de la propia vida, la corona de la caballería celestial. Para alcanzar esto el soberano debía actuar y sus acciones y resultados eran y son controvertidos, han sido resultados factibles de ser interpretados de diversas formas tanto que hasta hoy ni los propios historiadores se logran poner de acuerdo para valorar en su justa dimensión la tarea que le cumplió realizar. Llamado por sus enemigos EL DEMONIO DEL SUR y el PRUDENTE por su seguidores, él constituye en la España actual uno de los puntos candentes de la LEYENDA NEGRA que critica duramente sus acciones considerándolo un fetichista reaccionario que no trepidó en el asesinato de más de un miembro de su propia familia para mantenerse sin oposición en el poder.

La LEYENDA BLANCA de Felipe II que los eruditos tradicionales han tratado de consagrar y que sirvió de paradigma al gobierno dictatorial de Francisco Franco, pintan a este rey como un monarca libre de absolutismo, entendido en el sentido de la arbitraria y exclusiva decisión concedida a la voluntad del soberano. Un hombre que nunca adoptó decisiones sin convocar antes verdaderas comisiones de técnicos y consultar su opinión y criterio, un hombre que no hacía distinción entre altos y bajos cuando se trataba de aplicar justicia, fomentando un sentimiento de igualdad social que el pueblo había heredado en las luchas de la Reconquista: todos iguales entre sí y sometidos siempre a un solo jefe, Dios en el otro mundo y el rey en éste. El más hermoso fruto que esta concentración total de esfuerzo ha producido hacia un fin común, piensan sus admiradores, es el concepto sagrado de la MADRE ESPAÑA. Y así no es raro entender que Felipe II ingrese a la historia oficial como un monarca unitario, cristiano, autoritario y defensor de la fe. Felipe II fue sobre todo para los españoles católicos el REY PRUDENTE, justo en todos sus actos y que lo guiaba todo hacía el mejor provecho de su pueblo. Esta concepción heroica actualizada generó el mito que sirvió de ropaje al dictador español Francisco Franco que con un arma en la diestra y la cruz en la siniestra trató de imitar a su héroe nacional y sojuzgar por más de 40 años a su pueblo. Y aún hoy, afortunadamente ya no en nombre de Dios, pero sí de la Seguridad Nacional, cual modernos felipes segundos o francos criollos, aparecen dictadores en el cono Sur de nuestra América que imponen por la fuerza modelos de desarrollo y políticas que privatizan la economía nacional logrando aparentes indicadores de bonanza en las finanzas, cuidándose de ocultar un trasfondo de miseria y de degradación social que sólo se hace de conocimiento público cuando el dictador ha muerto en su cama y de muerte natural, como Franco, o es repudiado por las mayorías populares, como será el caso del último dictador militar del cono Sur a quien su pueblo le negó la posibilidad de continuar en el poder.

En este marco de controversia ideológica cobra validez de contenido la obra "LA TRAGICOMEDIA DEL SERENÍSIMO PRINCIPE DON CARLOS" del autor español Carlos Muñiz, escrita y prohibida en tiempos de Franco y seleccionada por la Compañía Nacional de Teatro para representar a Costa Rica en el Festival Internacional de Teatro a efectuarse en noviembre próximo.

Ella es una obra que trasciende los referentes históricos en que se enmarcan para, con un hábil manejo de la leyenda negra de Felipe II, aspire ser una luz de advertencia para aquellas sociedades modernas tan proclives a

dejarse despojar sin protestar o regalar por inacción u omisión su derecho democrático que les permite elegir a sus gobernantes y toleran de buen o mal grado a dictadores mesiánicos dueños de la verdad, la conciencia y la libertad de sus pueblos. Esta obra es la llamada necesaria para todas aquellas democracias que tienden a dormirse en la monótona rutina de sus libertades.

La Tragicomedia, como su autor la cataloga, dividida en dos actos y un Prólogo, traslada el eje heroico de la figura de Felipe II a la de su hijo el príncipe Don Carlos, el Serenísimo, ser contrahecho y medio loco, que la historia ignoró en una mazmorra por no ser apto para asumir el trono, ni menos digno continuador de la obra de su brillante padre. La leyenda negra acusó al monarca español de la muerte de su hijo Carlos. Y aunque la moderna crítica histórica ha tratado de disipar las sombras sobre este hecho, aún se cierne la duda sobre la muerte de Don Carlos, pues hay certeza de que su cárcel fue producto de una abortada conspiración real del príncipe contra su padre. Es la pasión y asesinato de un Don Carlos heroico que logra sobrevivir en una corte llena de "fieras tan piadosas", una corte donde la iglesia y el rey mancomunados en una sórdida sociedad de recolectores de reliquias sagradas controlan en nombre de la fe a España y sus países vecinos. La Santa Inquisición es la Seguridad Nacional de aquellos tiempos que persigue, encarcela y mata a todo aquel que manifieste, aunque sea un ápice de renovación en su pensamiento y no sólo en problemas de fe, sino también en asuntos de Estado donde muchos comulgaban "con hostias sin consagrar". Todo lo que se aparta de lo establecido es herejía y el pensamiento herético sólo se purifica con el fuego, fuego que atiza la espada del rey, siempre dispuesto a defender al Santo Oficio. En este marco se desarrolla el Prólogo de la obra, donde hay un Auto de Fe muy similar a una ceremonia demoniaca más que aun acto religioso, y en donde el espectador, salvo pequeñas ironías del bufón (conciencia crítico-satírica de los acontecimientos) toma una actitud de contemplación épica frente a lo que está presenciando, donde nobles y dignatarios eclesiásticos juzgan y condenan a frailes y monjas herejes. Es la Santa Ceremonia con que la Iglesia pretende ejemplificar a todos los que dudan de la fe para que vuelvan al camino de la verdad y la religión. Pero más que un problema de fe es la justificación que usa Felipe II para eliminar no sólo a herejes, sino también a opositores del Estado. Y la obra deja muy claro este problema cuando el rey manda a encarcelar y ajusticiar al barón de Montigny por tratar de interceder por el perdón de los flamencos y la abolición de la Inquisición y no como públicamente lo justifica en la corte al decir que el barón ha comido carne en Cuaresma

y, por lo tanto, es un mal católico que se merece la cárcel. Y también autorizará a su fiel duque de Alba a degollar a Egmont y Hornes, lo que irónicamente ignoraba en esos momentos el propio duque era que él también sería más adelante una víctima de la represión real.

En ese mundo tenebroso, el deforme Don Carlos que para peor de males ha sufrido una trepanación por un desafortunado golpe en la cabeza que lo ha dejado medio loco, no podrá suceder en el trono a su padre y, por supuesto, será el propio Felipe II quien se lo impida acabando con su libertad y su vida.

La tragedia familiar del príncipe se asemeja en lo dramático a Hamlet, pero se acentúa en la medida que las acciones de éste son contra su padrastro y no contra su padre como le sucede a Don Carlos. A través de la obra su grotesca locura, al igual que Don Quijote, se va transformando en gran lucidez al descubrir que el mundo que le ha tocado vivir es un infierno donde gobierna la vileza humana y la única forma de liberarse es construyendo su

propia muerte, muerte intrascendente para la historia de España, pero que por lo inhumana e injusta permitirá la reflexión del espectador ante la significación ética de estos hechos. Así vista la tragicomedia se transforma en un canto a la vida y la democracia participativa donde se respeta el pensamiento de las minorías y la libertad de expresar públicamente sus opiniones.



En el momento de la muerte, el actor de Don Carlos, en un momento de gran lucidez, se trata de escapar por su propia voluntad.

